

# SERIE

## COLOMBIA, ENTRE APERTURAS Y CIERRES DEMOCRÁTICOS:

Balance a la  
democracia en el  
primer cuarto del siglo

# XXI

**N°3** Cultura política y desconsolidación democrática en Colombia:  
un balance del primer cuarto del siglo XXI

Con el apoyo de:



**moe**  
Misión de Observación Electoral



# SERIE

## COLOMBIA, ENTRE APERTURAS Y CIERRES DEMOCRÁTICOS:

Balance a la  
democracia en el  
primer cuarto del siglo **XXI**

### Misión de Observación Electoral

**Alejandra Barrios Cabrera**

Directora Nacional - MOE

**Laura Melissa Espinosa**

Coordinadora de Comunicaciones  
-MOE

### Colaboración en revisión de textos:

**Patricia Fernández Correa**

Coordinadora de Calidad de  
Elecciones - MOE

**Óscar Danilo Sepúlveda**

Coordinador de Inclusión y Diversidad  
- MOE

**Alejandra Santos**

Profesional especializada Inclusión y  
Diversidad - MOE

Diseño, ilustración y diagramación:

**Javier Muñoz**

Diseñador - MOE

Junio de 2025

Bogotá, Colombia

**Nº1** Medios y democracia en Colombia:  
un cuarto de siglo entre sobrecarga  
informativa y transformación

**Nº2** Transiciones de la violencia,  
conflictividad social y paz:  
un cuarto de siglo en búsqueda de la  
consolidación democrática en Colombia

**Nº3** Cultura política y desconsolidación  
democrática en Colombia: un balance  
del primer cuarto del siglo XXI

**Nº4** Institucionalidad e integridad  
electoral.

### Autoría:

**Diego Armando Mazorra Correa**  
**Hernando Rojas**

Center for Communication and  
Democracy

University of Wisconsin-Madison

**moe**  
Misión de Observación Electoral



Este documento contó con la lectura y revisión  
de la MOE.

Las opiniones expresadas en este contenido son  
responsabilidad exclusiva de sus autores y no  
reflejan necesariamente la posición de la Misión  
de Observación Electoral - MOE ni de sus socios  
financiadores.



# Cultura política y desconsolidación democrática en Colombia: un balance del primer cuarto del siglo XXI

## **Autores:**

**Diego Armando Mazorra Correa**  
**Hernando Rojas**  
Center for Communication and Democracy  
University of Wisconsin-Madison<sup>1</sup>

## Introducción

Existe una sensación de crisis de la confianza institucional y de la democracia liberal en el mundo. La legitimidad y confianza en la idea de un estado liberal y democrático disminuyen, incluso en países que se consideraban democracias estables. Cada vez más, las personas ven a las instituciones con menos confianza e incapaces de resolver desafíos como la desigualdad de ingresos y la corrupción. En consecuencia, líderes populistas capitalizan este descontento, proponiendo soluciones drásticas que, aunque inicialmente parecen atractivas, tienden a socavar la estabilidad institucional y la capacidad del estado de mejorar las condiciones de vida.

Latinoamérica no es la excepción, en lo que algunos autores han llamado recesión democrática, algunos países se orientan más a la desconsolidación (Latinobarómetro, 2023). Pero ¿es este el panorama que ocurre en Colombia? Después de un momento de renovación democrática en torno a la Asamblea Constituyente de 1991, surgieron nuevas corrientes en derechos y deberes ciudadanos que permitieron expresiones políticas y populares, la ampliación del espectro de partidos políticos, movilizaciones sociales y diversos procesos de paz, que exitosos o no sugerían otra historia. Contrario a lo esperado, en Colombia parecemos tener ciertos grados de estabilidad, con peculiares características de la cultura política que apoyan el ideal democrático.

Según Foa y Mounk (2016), la “desconsolidación” de la democracia ocurre por un distanciamiento entre ésta y las ideas liberales que la fundamentan. Esto se puede rastrear en tres fenómenos: la incapacidad de los estados liberales para mejorar las condiciones económicas de grandes sectores de la población, la falta de confianza en las instituciones liberales y la pér-

didada de una idea de nación que antes sostenían los medios de comunicación masiva. Estas tendencias contribuyen a una crisis más amplia de legitimidad. Para abordar esta pregunta de la crisis de confianza democrática, conceptos como el de cultura política (Almond y Verba, 1963, 1989) ofrecen claves para entender cómo, en marcos democráticos como el colombiano, la orientación ciudadana puede limitar o fortalecer la participación activa en la solución de problemas colectivos.

Almond y Verba (1963) teorizaban que existen tres tipos principales de cultura política divididas en torno a cómo los sujetos se orientan hacia los objetos políticos: parroquial, de súbditos y participante. En las culturas parroquiales de clanes con poca interacción institucional, el sistema político no se percibe como una entidad autónoma, y las expectativas hacia los líderes políticos son mínimas. En las culturas de súbditos como las monarquías, los ciudadanos tienden a interesarse por los resultados que produce el sistema político, pero su capacidad de influencia sobre las decisiones es limitada. Por otro lado, las culturas de participación se

---

<sup>1</sup> El presente artículo se fundamenta en un análisis desarrollado por el Center for Communication and Democracy de la Universidad de Wisconsin-Madison, a partir de una serie de encuestas en Comunicación y Política longitudinales realizadas en 2006-2010, 2014, 2018, 2022, y 2023, en colaboración con el Centro de Investigación en Comunicación Política de la Facultad de Comunicación Social - Periodismo de la Universidad Externado y, ocasionalmente, con la Registraduría Nacional del Estado Civil, con muestras representativas de la población urbana colombiana en contextos electorales, que se recopilaron mediante entrevistas personales a mayores de edad en las ciudades más importantes de Colombia. Esto con excepción de los datos de 2016 y 2021, que fueron recopilados mediante paneles de Internet.

distinguen por una ciudadanía activa, donde las personas intervienen tanto en los resultados que esperan del gobierno como en los procesos que los generan, definiendo las prioridades políticas, el tipo de gobierno deseado y los líderes que buscan representar sus intereses.

En varios países de América Latina las reformas constitucionales dieron paso a una apertura democrática que dejaba atrás las dictaduras militares que plagaron el continente. Al mismo tiempo, algunos países con democracias establecidas han preferido elegir, como jefes de gobierno, a líderes populistas con poco respeto por la constitución o los derechos. Además, en otras regiones la gente se ha visto desconectada de las decisiones políticas de lo que empiezan a identificar como élites corruptas, en especial con decisiones de gobierno que no pueden hacer nada por controlar la economía global. Este escenario refleja una separación entre dos ideas que antes parecían complementarias: hoy se observan regímenes autoritarios con prácticas liberales, y democracias con rasgos crecientemente iliberales (Foa & Mounk 2016 y 2017, Mounk, 2018).

Foa y Mounk, analizando los datos del World Values Survey, recolectados entre 1995 y 2014, identificaron una “desconsolidación” democrática. Así, la cultura política democrática requiere, como ya lo señalaron Almond y Verba en 1963, de la participación ciudadana, sin embargo, ésta ha venido disminuyendo en la mayoría de los países con voto libre (ed. consultada de 1989). En estos contextos, se observa un aumento de la abstención electoral y una reducción de las asociaciones a las que las personas pertenecen, al punto que las personas juegan solas a los bolos, como lo expresó Putnam (2000) en su célebre metáfora. Aunque Inglehart (2016) y Norris (2017) comentan que no todos los países sufren de este mal, o que la actitud cínica hacia la democracia es muestra de una alta cultura política ciudadana, el panorama apolítico actual es claro. Desde Brasil hasta Hungría, el descontento con la democracia parece ser mayor, más allá del nivel educativo o la situación económica de la ciudadanía.

Para comprender estos procesos, es necesario desarrollar marcos explicativos contextuales que permitan analizar la crisis democrática y la cultura política, implementando nuevas dimensiones al análisis, como la polarización o los efectos del entorno social y mediático en la cultura política. En ellos, la mera existencia de estruc-

turas democráticas, como en la Constitución de 1991 en Colombia, puede resultar insuficiente para definir el tipo de cultura política nacional (Almond & Verba, 1989; Verba, 2015). Pese a tendencias globales de homogeneización, las diferencias nacionales siguen siendo clave para entender las particularidades de cada sistema político (Rojas & Valenzuela, 2019). Este enfoque resulta crucial para entender la actual crisis de legitimidad y confianza en las instituciones en medio de las transformaciones del entorno político, las predisposiciones individuales y los consumos mediáticos en una ecología informativa transformada por el auge de Internet y las redes sociales (Shah et al., 2017).

Siguiendo el debate sobre la desconsolidación de la democracia, ¿qué muestran los datos de la cultura política nacional? En las encuestas a la opinión pública sobre comunicación y política, observamos como un primer síntoma, que para el año 2018, el 58% creía que la calidad de vida en Colombia había empeorado con relación al año anterior, y para el 2022 esta cifra se ubicó en el 79%. Además, el problema percibido como el más importante es la corrupción. Si las personas caen en una tendencia hacia percibir de forma negativa la calidad de vida, un posible resultado es la apatía en la participación. Las personas, en especial los jóvenes, no sólo dejan de participar, sino que se tornan más cínicos con la democracia y los valores de este sistema político, planteando o bien desinterés o apoyando alternativas autoritarias, hasta que termina por perderse el apoyo al sistema de valores que sustenta la democracia liberal (Foa & Mounk, 2016 y 2017).

En el caso colombiano, se ha observado una cultura política participativa, pero con poca adhesión a valores democráticos que se refleja en un segundo síntoma de falta de confianza en las instituciones liberales. Así, desde los modelos de participación democrática de la Constitución de 1991 (Pontificia Universidad Javeriana y Registraduría Nacional del Estado Civil, 2018) se ha promovido una mayor participación ciudadana. Sin embargo, esta se combina con un imaginario negativo de la política y desconfianza en las instituciones, poco interés en los asuntos públicos y una combinación de socialización e información política entre los nuevos espacios digitales y las tradiciones políticas (Cárdenas, 2017).

La aparición de esta cultura participativa, aunque alejada de las normas comunes, destaca

ciertos valores individuales de sus miembros. En la encuesta de comunicación y política analizada de 2008 se consultó a las y los colombianos cómo se definían a sí mismos. La característica con mayor promedio fue “Trabajador(a)” (4,5), lo que sugiere que las personas se perciben como laboriosas y con una fuerte ética de trabajo como valor central. Le siguen “Saludable” (4,2), lo que indica una percepción positiva hacia el bienestar físico, y “Generoso(a)” (4,1), destacando el altruismo como un aspecto importante de la identidad personal. En contraste, las características con menor nivel de identificación son “Deportista” (2,7) y “Activista” (3), lo que sugiere que estas cualidades no son tan comunes en la autopercepción ciudadana.

Esta autodefinición refuerza una paradoja: mientras el esfuerzo individual y la solidaridad son valores centrales, la acción colectiva y el compromiso con causas específicas se perciben como menos relevantes. Esta disociación dificulta la consolidación de una cultura política orientada a la participación activa. Estos son aspectos fundamentales para enfrentar los retos actuales de la democracia liberal, entre ellos el auge de movimientos populistas en respuesta a crisis internas, tanto como económicas e institucionales (Mudde, 2004 y 2007) o externas, como sucede con los efectos de la comunicación y de los medios (Sheets, Bos, & Boomgaarden, 2016).

La divergencia entre participación ciudadana y desconfianza institucional se complementa con un sentido de identidad nacional que, aunque sólido, presenta matices importantes en su relación con las instituciones. Mientras el imaginario colectivo destaca elementos culturales y naturales como pilares del orgullo nacional, la valoración de las instituciones públicas queda rezagada, lo que plantea un desafío para fortalecer la cohesión democrática. En la encuesta analizada de 2021, en promedio, las personas consideran más importante para pertenecer a la comunidad nacional aspectos como respetar las tradiciones culturales (8,55) y los bienes públicos (8,52), mientras que respetar a instituciones como la policía (6,65) hace parte de los criterios menos valorados.

Por ejemplo, en 2011 se preguntó a las personas qué tan orgullosos se sentían de ser parte de su país, y el orgullo patrio resultó alto para la mayoría (77,4%). La importancia de ser colombiano se valoró con un promedio de 3,6, reflejando un fuerte sentido de pertenencia nacional. En

2021, esta tendencia se mantuvo: el 77,4% de los encuestados se declaró “muy orgulloso” de ser colombiano, y la importancia de la nacionalidad alcanzó un promedio de 3,64 en una escala de 0 a 5. Además, el sentimiento de patriotismo mostró una valoración intermedia (3,17), lo que sugiere una conexión emocional constante pero matizada con la identidad nacional.

En 2016 estos matices se pueden apreciar en las preguntas abiertas que revelaron que las y los colombianos se sentían principalmente orgullosos de su gente y su cultura, mencionadas en aproximadamente el 40% de las respuestas. Características como la calidez, la solidaridad y el trabajo duro destacaron entre los elementos que más los definen. Cerca del 30% de las menciones se centraron en la riqueza natural del país, incluyendo términos como “paisajes,” “flora y fauna” y “biodiversidad”. La cultura e identidad nacional, junto a símbolos como el himno y la bandera, representaron un 15% de las respuestas. El orgullo por instituciones fue menos frecuente. Estos resultados subrayan que el sentimiento nacional colombiano se fundamenta en la combinación de recursos humanos, culturales y naturales. Como sugiere el slogan turístico, Colombia es para los colombianos magia salvaje, pero con pocos mensajes de cohesión y democracia. Por ejemplo, en 2021, las percepciones ciudadanas sobre el rumbo del país en una escala de 0 para empeorando a 5 para mejorando fueron mayoritariamente negativas, destacando la corrupción (0,52) y la criminalidad (0,80) como los aspectos peor evaluados. Sin embargo, el medio ambiente obtuvo la media más alta (1,33), lo que sugiere que, a pesar del desencanto institucional, persiste una conexión simbólica con la riqueza natural del país.

Esta visión en parte individualista de la cultura política nacional representa uno de los principales retos para los proyectos democráticos de los estados democráticos liberales, caracterizados por rostros y procesos organizativos diversos. En ellos, hay que replantear la pregunta por la cultura política y la ciudadanía, tradicionalmente explicada desde modelos del paradigma individualista, comunitario, y de identidad colectiva (Giesen y Eder, 2001). Por ello, cualquier pregunta sobre la cultura política debe partir primero desde el análisis de ese individuo que siente orgullo por una nación con magníficos recursos naturales, pero que no confía en sus instituciones. Esta contradicción se refleja en la baja confianza en las instituciones de elección popular como el Congreso o la Presidencia. En

2022, el 62% de los colombianos afirmó que las decisiones deben ser tomadas por el pueblo y no por los políticos y el 72% consideró que “el establecimiento” con frecuencia traiciona al pueblo.

El tercer posible síntoma de desconsolidación democrática se manifiesta en el aumento del consumo de noticias en línea y en redes sociales, que crece a cada año y resulta en visiones más sesgadas del mundo. Entre 2014 al 2022, el porcentaje de personas que manifestó consumir noticias en Internet aumentó del 40% al 68%, y en redes sociales del 39% al 69%. Además, estos consumos reflejan una tendencia creciente hacia visiones polarizadas del mundo que se alejan de la búsqueda de consensos. Por ejemplo, en Facebook, el 37,3% de los usuarios nunca están dispuestos a compartir información con la que no están de acuerdo, y sólo el 10% lo hace; para X los resultados son similares.

Otro ejemplo de cómo los contextos mediados por la comunidad y las tecnologías afectan la cultura política, especialmente en un panorama de baja confianza institucional y polarización, puede observarse en las transformaciones vividas en Colombia durante las últimas dos décadas y los cambios en las nociones de ciudadanía, desde la aparición de la comunicación digital, hasta las crisis de la pandemia del Covid-19. Según un estudio de LAPOP (Plata et al., 2021) se ha evidenciado que la tendencia de apoyo a la democracia y satisfacción con la democracia se mantiene en niveles inferiores a los de hace una década, con una ciudadanía cada vez más dispuesta a tolerar un ejecutivo que gobierne sin necesidad del legislativo (Plata et al., 2021).

El argumento a favor de una explicación contextual del fenómeno se fundamenta también en otras observaciones. En Colombia la posible transformación de los valores que subyacen a la cultura política parece originarse en un cambio de enfoque: desde valores tradicionales de apoyo a la democracia y participación en organizaciones políticas convencionales, hacia nuevas preocupaciones como las consideraciones ambientales o valores asociados a la forma de expresión. Estos valores emergentes, además, se encuentran atados a diferencias regionales, con patrones más conservadores en Antioquia, más liberales en la zona central de Bogotá, o una tendencia más comunitaria en el Pacífico (Pontificia Universidad Javeriana y Registraduría Nacional del Estado Civil, 2018, p. 178).

## Contexto de la democracia en Colombia

El modelo de mediación comunicacional permite articular los cambios en el ambiente político, las características individuales y predisposiciones de las personas, y los contextos de la estructura social con una ecología mediática que se ha transformado en las últimas décadas por la irrupción de Internet (Shah, et al. 2017). En el contexto colombiano del siglo XXI, los tres ejes de la cultura política nacional pueden analizarse, a través de una serie de hitos históricos que se entrelazan con la propuesta de observación de la cultura.

### Ejes de la cultura política nacional

1. Valores democráticos: modificaciones de la estructura económica nacional, el impacto de la globalización y las crisis económicas han influido en la orientación ciudadana. También gobiernos como los de Uribe, con su énfasis en seguridad; Santos, centrado en la paz; y Duque, en medio de protestas y pandemia, marcaron épocas distintas que influyeron en cómo la gente entiende la democracia. Las preguntas por valores políticos y ciudadanos están atravesadas por las percepciones sobre el futuro y la economía. Las diferencias entre valores materiales y posmateriales (Inglehart, 2016, Norris 2017), permiten establecer una base para entender la cultura política nacional, donde destacan cambios como el crecimiento de valores ambientales. Hechos relevantes para la cultura política nacional como los cambios producidos en valores por la pandemia de COVID-19 o las movilizaciones ciudadanas en torno a temáticas ambientales como las consultas previas en casos de minería, que articularon estos temas con movilizaciones territoriales. Observaremos estos desde la presencia o no de valores democráticos en Colombia a través de la presencia de tendencias populistas y valores autoritarios.
2. Confianza y participación: la crisis de la confianza institucional en el siglo XXI puede ser abordada desde las teorías de capital social. En Colombia, las instituciones tradicionales de la participación política han enfrentado cambios durante el siglo XXI, y entre ellas se encuentran mayores procesos de participación y movilización ciudadana que han ampliado la visión de democracia. Entre estos las movilizaciones estudiantiles, movilizaciones

de apoyo o crítica a diferentes procesos de paz dentro del período, efectos de procesos de participación democrática como el Plebiscito por los Acuerdos de Paz de la Habana, o las movilizaciones de protestas del llamado estallido social desde 2019 a 2021.

3. Medios e ideología: los cambios en el sistema mediático, impulsados por la comunicación digital, han generado alteraciones en la construcción de capital social, procesos de socialización y las formas de concebir la democracia. Se ha observado un desplazamiento hacia modelos de democracia directa, pero también ha contribuido con otros asuntos como la polarización o el acceso a la información y conocimiento de las personas con énfasis en derechos. El uso de tecnologías móviles celulares y sistemas de comunicación de mensajería instantánea han afectado las formas de deliberación y el énfasis de la ciudadanía en el balance entre derechos y deberes.

Desde estos tres ejes contextuales: valores políticos materiales y posmateriales, instituciones y participación ciudadana, cambios en el sistema mediático, se buscará entender las modificaciones de la cultura política en Colombia, la noción de ciudadanía y el apoyo a la democracia.

## Eje 1: Valores democráticos.

Los colombianos se auto perciben como personas trabajadoras, generosas, y que valoran la diversidad ambiental del país. Sin embargo, para analizar los valores democráticos, es necesario comprender el perfil de quienes conforman la ciudadanía colombiana. La evidencia muestra que, en la última década, la proporción de personas con educación básica ha disminuido, mientras que aumentan quienes tienen secundaria como nivel educativo principal; en contraste, los estudios universitarios presentan una leve reducción. Durante el mismo período (2014–2022), se observa una mayoría ligeramente femenina y una fuerte concentración en los estratos socioeconómicos medios (2 y 3). En general, estas tendencias resaltan una interacción dinámica entre la evolución de la autoidentificación étnica, los cambios en los patrones de logro educativo y una demografía estable con una leve mayoría femenina. En cuanto a la identidad étnica, se destaca un cambio importante: la proporción de quienes se consideran “mesti-

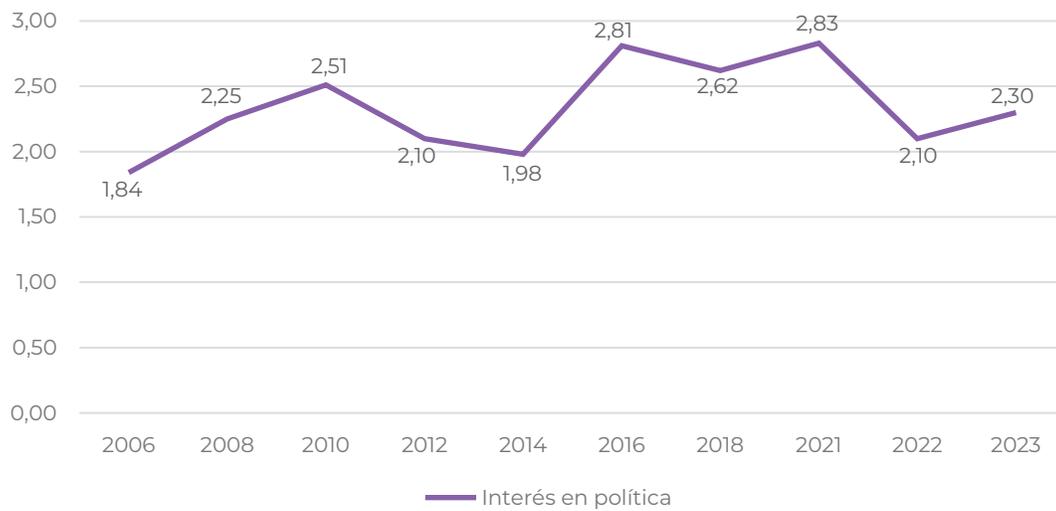
zos” aumentó del 64,2% al 81,5%, mientras que la identificación como “blanco” cayó del 27,5% al 10,5%. Este cambio sugiere que individuos que anteriormente se identificaban como blancos podrían estar reconociendo ahora una herencia más diversa en Colombia

La mayoría de la población, sin importar su grupo étnico, se concentra en los estratos socioeconómicos medios (2 y 3) con educación secundaria. El grupo mestizo presenta los porcentajes más altos, destacando un 14,6% en el cruce entre estrato 3 y secundaria, junto con una presencia considerable en el nivel universitario. Los grupos afrocolombiano e indígena, aunque con menores porcentajes globales, siguen un patrón similar: predominan en estratos bajos o medios y con estudios secundarios. La población blanca, menos numerosa que la mestiza, también se ubica principalmente en estratos medios. En todos los grupos étnicos, el nivel de posgrado representa una fracción muy pequeña. En conjunto, el perfil social tiende a concentrarse en niveles medios de ingreso y formación secundaria, con diferencias más marcadas en tamaño poblacional que en distribución socioeducativa.

Un componente esencial en la definición clásica de cultura política es el interés hacia los valores políticos. En nuestro caso, ese sujeto colombiano que valora la cultura del trabajo y su salud corporal también muestra preocupación por el mundo social. El interés en la política ha mostrado variaciones significativas en Colombia entre 2006 y 2023 (ver Gráfica 1). En 2006, usando una escala de 0 a 5, el promedio de interés se situó en 1,8, el nivel más bajo registrado desde los años de mediciones del estudio. En los años siguientes, se observó un aumento constante, alcanzando un pico en 2016 con un promedio de 2,8.<sup>2</sup> En años posteriores, el interés político fluctuó, manteniéndose elevado en 2021 (2,8) pero descendiendo nuevamente el año siguiente (2,1) antes de repuntar ligeramente en 2023 (2,3). Estos cambios sugieren que factores contextuales, como el clima político y los eventos sociopolíticos, influyen significativamente en el interés político de las y los ciudadanos colombianos a lo largo del tiempo. Si bien el interés en política en Colombia no es muy alto, en el periodo observado se muestra una ligera tendencia al alza.

<sup>2</sup> En 2016 y 2021 se emplearon muestras en línea, lo que podría influir en la representatividad de estos datos.

**Gráfica 1 - Interés en política**



Nota: Escala de 0 a 5, siendo 5 mucho interés en noticias de política nacional.

Estos valores se relacionan con una racionalización del objeto político, que corresponde por lo general al aumento del nivel educativo de la población. Los datos revelan una relación clara: a mayor nivel de formación, mayor es el interés en los asuntos públicos (ver Gráfica 2). Quienes

tienen estudios universitarios concentran los niveles más altos de interés, mientras que quienes cursaron solo educación primaria tienden a ubicarse en la categoría de menor involucramiento.<sup>3</sup>

**Gráfica 2 - Interés en política por nivel educativo**



Nota: Promedio de interés en política por nivel educativo.

Las variaciones individuales en el interés en política nos llevan a la pregunta, ¿qué piensan las personas en Colombia sobre su cercanía al

mundo político? Entre 2006 y2023, la percepción sobre si los políticos se preocupan por lo que piensa la gente mostró una notable vari-

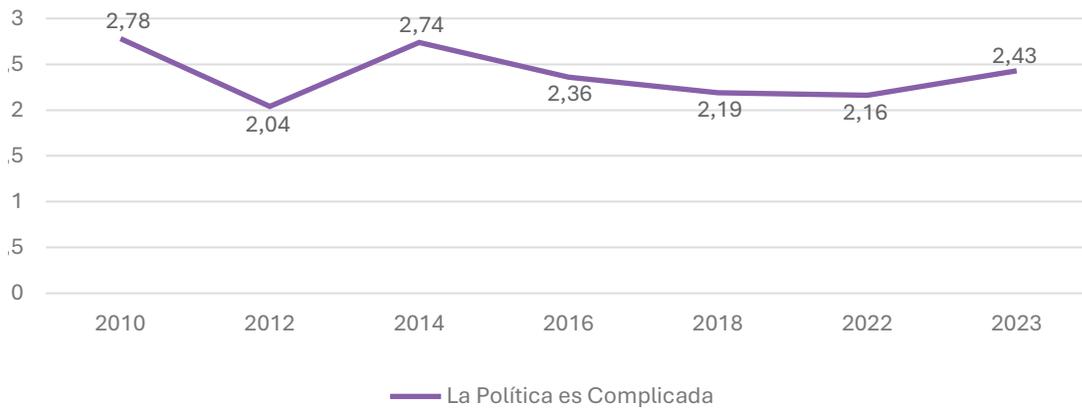
<sup>3</sup> Una prueba de Chi-cuadrado confirma que esta relación es estadísticamente significativa ( $X^2 = 377.09$ ,  $p < 0.001$ ), lo que indica que el nivel educativo tiene una influencia relevante en el interés en la política.

abilidad. En los primeros años (2006-2012), los promedios se ubicaron entre 2,3 a 2,4 en una escala de 0 a 5, reflejando un bajo nivel de acuerdo con la afirmación. En 2014, esta valoración aumentó bruscamente hasta 3,98, y se mantuvo elevada en 2018 (3,8) y 2022 (3,7). Sin embargo, en 2023, volvió a descender a 2,4. Esta tendencia sugiere que la percepción de cercanía con los políticos responde a contextos políticos o sociales específicos de cada periodo. Aunque el promedio general del periodo es 3,03, indica una percepción moderada de que los políticos no se preocupan por lo que piensa la gente.

La tensión entre una cultura orientada al trabajo, donde la educación influye en la orientación hacia valores políticos, y una percepción de desconexión entre la política y el interés ciu-

dadano, apunta a una desconfianza institucional. Esta se profundiza cuando las acciones del mundo político no llegan a ser entendidas por la ciudadanía (ver Gráfica 3). En el caso colombiano, la percepción de que la política es complicada disminuyó de una media de 2,78 en las elecciones presidenciales de 2010 y de 2014 a unos valores de 2,19 y 2,16 en las elecciones de 2018 y 2022. Sin embargo, en la última medición realizada en 2023, el promedio de las personas que piensan que la política es demasiado complicada volvió a subir a 2,43. Este indicador de eficacia política refleja una creciente dificultad para comprender el funcionamiento político durante las elecciones, lo que podría debilitar aún más el vínculo entre ciudadanía e instituciones.

**Gráfica 3 - Desafección política**



Detrás de esa disminución, sin embargo, se esconde una profunda desconfianza hacia las instituciones representativas, incluidos los partidos, el Congreso o incluso el sistema educativo, percibidas como incapaces de reflejar la voluntad popular. Este es un reto que se presenta a la cultura política nacional, cómo mantener no sólo la confianza en las instituciones sino la sensación de comprensión de la política.

Cuando las personas no se sienten escuchadas ni comprenden cómo funciona el sistema político, se genera un terreno fértil para que surjan críticas al modelo democrático represen-

tativo. Este malestar suele canalizarse a través de expresiones populistas, que proponen una visión simplificada de la democracia basada en decisiones directas. Detrás de esa narrativa, sin embargo, se esconde una profunda desconfianza hacia las instituciones representativas — incluidos los partidos, el Congreso o incluso el sistema educativo—, percibidas como incapaces de reflejar dicha voluntad popular. Frente a este posible ascenso del populismo, la cultura política colombiana revela, entre 2018 y 2022, una cierta estabilidad en las actitudes populistas, con promedios similares en ambos años (ver Gráfica 4).

**Gráfica 4 - Populismo en Colombia**



Un componente importante para entender la estabilidad de las actitudes populistas es el papel del sistema de medios como institución mediadora de la relación entre ciudadanía y política. En este marco, la percepción sobre la libertad de prensa es un indicador saludable de la cultura política. Cuando se consultó a los colombianos “¿Qué tan libres y sin censura son los medios de comunicación en Colombia hoy en día?”, se emplea una escala de 0 a 3, donde 0 indica ausencia total de libertad, y 3 libertad plena, los resultados muestran una tendencia creciente a considerar que los medios de comunicación no son plenamente libres. En esta escala, la categoría más frecuente corresponde a “parcialmente libres, con problemas mayores”, lo que indica una percepción crítica del entorno mediático. La puntuación promedio nacional descendió de 1,5 en 2014 a 1,1 en 2022, lo que sugiere un deterioro en la percepción pública sobre la independencia de los medios. Esta contrasta con otra pregunta incluida en las encuestas de comunicación y política de los años 2018 y 2022, donde se evalúa la importancia de la libertad de prensa como un principio democrático esencial. La mayoría de los encuestados valora la existencia de medios libres, pero al mismo tiempo considera que en Colom-

bia no gozan de esa libertad. En resumen, se reconoce la función democrática de los medios de comunicación, pero se percibe que su funcionamiento actual está limitado.

Otro aspecto relevante para comprender la estabilidad de las actitudes populistas frente a la desconfianza institucional se encuentra en la percepción ciudadana de lo que significa la democracia. En este sentido, la afirmación “La democracia significa reducción de la brecha entre ricos y pobres” mantiene una valoración estable a lo largo del tiempo. En contraste, la afirmación “La democracia significa elecciones libres”, que refleja un consenso sostenido sobre la importancia de los procesos electorales, registra una variación destacada en 2016, cuando su valoración promedio aumenta notoriamente. Durante el agitado año del plebiscito por la paz, en el gobierno de Santos, muchos colombianos empezaron a asociar la democracia con la idea de justicia social y reducción de desigualdades. Sin embargo, dado que esta alza no se sostiene en mediciones posteriores, no es posible afirmar una tendencia. Más bien, el dato sugiere que, en coyunturas específicas, la equidad social adquiere centralidad como valor asociado a la democracia, como se aprecia en la Tabla 1.

**Tabla 1 - Opiniones sobre la democracia**

Variable	2014	2016	2018	2022	2023
La democracia significa libertad para criticar al gobierno	2,2	2,4	2,3	2,2	2,1
Democracia significa medios libres y sin censura	ND	ND	2,3	2,3	2,1
Democracia significa elecciones libres e imparciales	2,4	2,7	2,4	2,5	2,2
Democracia significa empleo para todos	2,6	ND	2,6	2,6	ND
Democracia significa una menor brecha de ingreso entre ricos y pobres	2,3	2,4	2,3	2,3	2,1

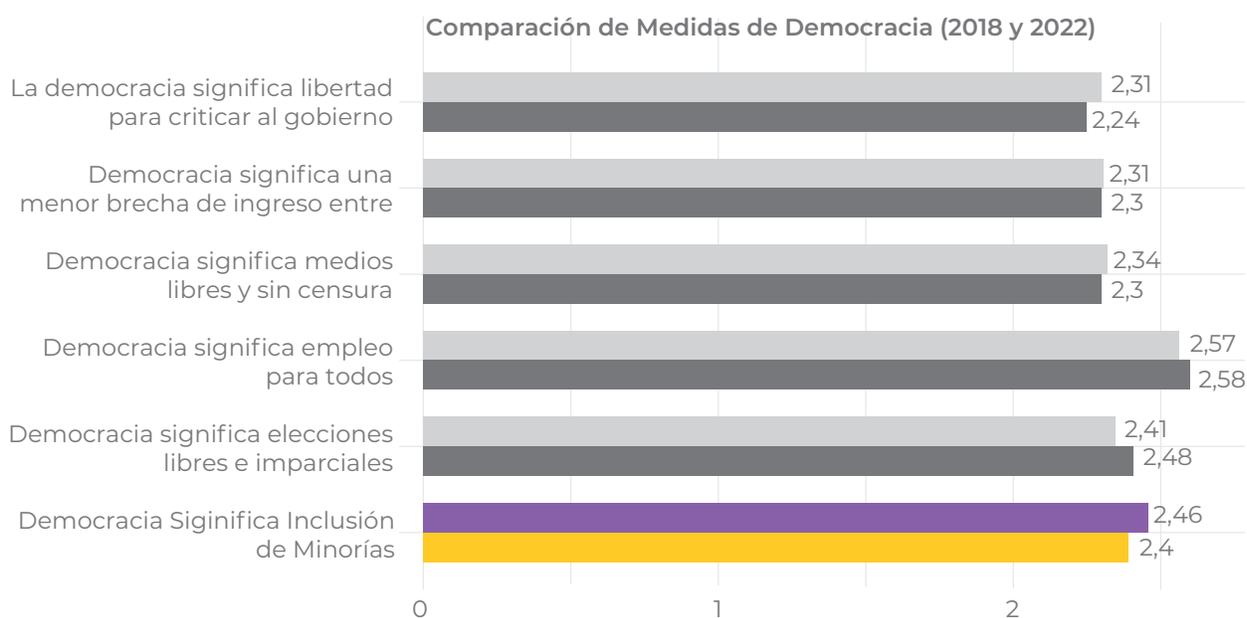
Nota: promedio de acuerdo entre 0 nada importante y 3 absolutamente esencial para la democracia.

Además de valores como el empleo, que reflejan la importancia del trabajo en la autopercepción ciudadana, otro eje significativo en la percepción de la democracia en Colombia es la inclusión y la diversidad. Este enfoque tiene un trasfondo normativo relevante: desde la Constitución Política de 1991, Colombia se reconoce como un país pluriétnico y multicultural, lo cual constituye un componente central de su identidad nacional. Esta dimensión normativa se ha trasladado parcialmente al plano perceptivo a través de encuestas recientes que incorporan la afirmación: “La democracia significa inclusión de las minorías”. Aunque esta pregunta no estuvo presente en las mediciones previas a 2018, sus resultados recientes, permiten identificar una valoración estable: 2,46 en 2018 y 2,40 en 2022, en una escala de 0 a 3 (ver Gráfica 5). En 2023, los encuestados usando la misma escala respondieron con un 2,16. Si bien estas cifras son moderadas, su persistencia sugiere que la ciudadanía ha comenzado a reconocer la inclusión como un componente relevante de la

democracia, aún en el contexto de una crisis de confianza en las instituciones. Cabe aclarar que se trata de una percepción ciudadana amplia sobre lo que implica “incluir a las minorías”, lo cual puede aludir tanto a grupos étnicos, culturales o religiosos como a minorías políticas, sociales o de género, según la interpretación del encuestado.

En este contexto donde otras dimensiones democráticas como la libertad de expresión, el rol de los medios o la imparcialidad electoral presentan oscilaciones marcadas, la estabilidad en la valoración de la inclusión resulta especialmente destacable. Esta apertura hacia una concepción más incluyente de la democracia indica una posible transformación de fondo en la estructura de valores democráticos en Colombia, en la que la equidad, el reconocimiento de la diversidad nacional y la inclusión de minorías comienzan a ocupar un lugar más visible.

**Gráfica 5 – Apertura democrática hacia nuevas definiciones de democracia relacionada con minorías**



Si bien algunas afirmaciones de lo que implica la democracia examinada en la Tabla 1 sugieren estabilidad en la percepción democrática, otros datos permiten observar señales de posible desconsolidación democrática. El apoyo a ideas autoritarias como preferir un gobierno militar, o la abolición de las elecciones, o la existencia de un solo partido, o un gobierno religioso es bajo entre las personas encuestadas y, además, muestra una tendencia decreciente. No obstante, persiste una percepción generalizada de desconexión: muchos consideran que la política es tan complicada que les supera, pero particularmente que a los políticos no les interesa la opinión de la gente y tienden a defender los intereses de los ricos y poderosos (ver Tabla 2). Esta combinación entre bajo apoyo al autoritarismo y alta desconfianza institucional revela

una paradoja: aunque la mayoría no desea alternativas no democráticas, tampoco se siente vinculada a las instituciones representativas. Si bien esta percepción de distancia ha disminuido ligeramente en los últimos años, sigue siendo un desafío central para la democracia. En lugar de derivar automáticamente en apoyo a regímenes autoritarios, esta desafección puede también traducirse en formas de cultura política más pasivas o parroquiales, caracterizadas por apatía, abstención o desinterés por lo público. Por ello, más que solo “reconstruir la representación”, las instituciones deben abordar el distanciamiento cívico y reconstruir la confianza, la participación significativa y el sentido de importancia de la democracia, para prevenir escenarios de mayor desafección política o vulnerabilidad ante las alternativas autoritarias.

**Tabla 2 – La “tentación” autoritaria en Colombia**

	2014	2018	2022	2023
<b>Las elecciones y el Congreso deberían ser abolidos de manera que un líder fuerte pueda gobernar este país.</b>	17%	20%	14%	14%
<b>El ejército debería gobernar al país.</b>	10%	10%	7%	8%
<b>Un sólo partido debería competir en las elecciones y ocupar cargos públicos.</b>	12%	18%	14%	11%

<b>Los líderes religiosos deberían gobernar el país de acuerdo con principios religiosos.</b>	8%	11%	8%	7%
<b>A veces el gobierno y la política son tan complicados que una persona como yo no puede comprender lo que está sucediendo.</b>	42%	46%	37%	21%
<b>A los políticos no les importa mucho lo que piensa la gente como yo.</b>	76%	70%	65%	ND
<b>A los funcionarios electos sólo les interesa defender los intereses del establecimiento, de los ricos y de los poderosos.</b>	ND	75%	68%	33%

Nota: % de las personas encuestadas que están totalmente de acuerdo o de acuerdo con las afirmaciones.

A lo largo del período analizado, la democracia fue consistentemente la opción preferida por las personas encuestadas, con porcentajes superiores al 65% en todos los años observados. Su punto más alto se registró en 2014 (82,7%), mientras que en 2023 descendió a 66,7%. Paralelamente, la indiferencia hacia el régimen político aumentó del 9,9% en 2014 al 24,9% en 2023. Esto podría indicar un crecimiento del desencanto o la apatía hacia las instituciones democráticas. En cuanto al apoyo a opciones autoritarias, este se mantuvo en niveles bajos en la mayoría de los años, con cifras que oscilaron entre el 7% y el 15%. No obstante, en el año 2016, durante el mandato de Santos y en medio del plebiscito por la paz, aumentó el respaldo a propuestas más autoritarias. Este pico puede estar relacionado con el contexto del plebiscito por la paz, una elección polarizada que dividió al país entre el “sí” y el “no”, y que estuvo acompañada por campañas políticas intensas, muchas de ellas basadas en la indignación y la confrontación digital. En conjunto, aunque no se observó una tendencia sostenida de crecimiento en el apoyo al autoritarismo, el caso de 2016 evidenció cómo contextos altamente polarizados pueden activar actitudes autoritarias en ciertos sectores de la ciudadanía.

Esta indiferencia también se reflejó en el crecimiento de desconfianza y baja participación en partidos políticos, elementos fundamentales en una democracia representativa. Siguiendo a Moreno (2018), la democracia experimentó múltiples cambios en el siglo XX y XXI, desde modificaciones en las constituciones políticas hasta la adopción de nuevas formas

de participación política. Estos cambios han transformado las formas tradicionales de involucramiento ciudadano tradicional, como el partidismo (Moreno, 2018). Los datos muestran una tendencia clara: la mayoría de las y los ciudadanos no se identificaron con un partido político entre 2006 y 2022. La categoría de apartidistas predominó durante todo el período. En 2006, el 81,3% se declaró apartidista; esta cifra disminuyó al 63% en 2018, y aumentó al 73,7% en 2022. Este comportamiento no solo refleja una crisis de identificación partidista, sino que también plantea implicaciones relevantes para el análisis del comportamiento electoral.

En términos de voto, los apartidistas constituyeron la mayoría de quienes participaron en las elecciones, representando entre el 58,5% en 2018 y el 69,8% en 2022. Por su parte, los partidistas, aunque minoría, registraron tasas de participación en voto proporcionalmente más altas. Esta dinámica puede parecer paradójica, pero se explica porque la falta de identificación con partidos no necesariamente implica desinterés electoral. Muchos apartidistas acuden a las urnas motivados por liderazgos personales, coyunturas específicas o el rechazo a partidos tradicionales, lo que les permite incidir de forma significativa en los resultados electorales. Así, a pesar de su bajo nivel de identificación política, desempeñan un papel clave en los resultados electorales recientes en Colombia.

Finalmente, el análisis de los modelos estadísticos sobre comportamiento electoral (Moreno, 2018) muestra que la identificación con partidos ha perdido fuerza como factor explicativo del voto. Es decir, cada vez importa menos si

una persona se declara partidista o no al momento de predecir su decisión electoral. Este cambio se refleja en las métricas de ajuste de los modelos, como los coeficientes  $R^2$ , tanto de Cox & Snell como de Nagelkerke, que disminuyen entre 2006 y 2022: de 3,9% y 3,0% en 2006, a 3,0% y 2,1%, en 2022, respectivamente. Estos valores indican que el partidismo explica una proporción cada vez menor del comportamiento electoral. Este debilitamiento del vínculo entre identidad partidista y comportamiento electoral plantea preguntas importantes sobre la fragmentación de la representación política y la necesidad de repensar las estrategias de participación democrática en Colombia.

## Eje 2: Confianza y participación

La confianza en las instituciones ha sido estudiada desde distintas perspectivas, entre ellas la ideología y la cultura política. Aunque estos conceptos pueden estar relacionados, no son equivalentes: la ideología alude a posiciones políticas estructuradas, mientras que la cultura política se refiere a actitudes, orientaciones y niveles de compromiso de la ciudadanía frente al sistema político. Tradicionalmente, una cultura política fuerte, caracterizada por interés en los asuntos públicos, sentido de eficacia y participación activa, tiende a sostener niveles más altos de confianza institucional. Sin embargo, la confianza también puede manifestarse en contextos de alta polarización ideológica, donde grupos específicos, por ejemplo, los simpatizantes de partidos populistas, confían fuertemente en sus líderes, aunque desconfíen del resto del sistema (Koivula et al., 2017; King, 2017). En el caso colombiano, la situación es compleja: predomina un perfil apartidista y de baja participación, lo que apunta a una cultura política débil, pero al mismo tiempo existe un creciente malestar frente a la corrupción, la inseguridad y la situación económica; factores que, junto con la preocupación por la educación y la ubicación en el mercado laboral pueden erosionar la confianza incluso en personas sin fuertes alineamientos ideológicos (Foster & Frieden, 2017). Además, como advierte Hansen (2017), la confianza general influye directamente en la percepción de instituciones particulares, como el Congreso o los tribunales. Por tanto, la pérdida de confianza institucional en Colombia debe entenderse como un fenómeno multifactorial, en el que intervienen tanto las disposiciones ciudadanas como las condiciones estructurales del entorno político y económico.

Actualmente, altos niveles de confianza no caracterizan el clima político y social en América Latina. Según los datos del Latinobarómetro 2020, la región registra una de las tasas más bajas de confianza institucional a nivel mundial, en comparación con Asia, África, Eurasia y los países árabes. Mientras en estos contextos la confianza en las instituciones elegidas por voto popular ronda niveles más altos, en América Latina se sitúa veinte puntos porcentuales por debajo, confirmando una tendencia de larga data hacia la desconfianza (Corporación Latinobarómetro, 2017 y 2021). En el caso específico de Colombia, el panorama de 2020 también refleja esta erosión. Los partidos políticos, por su parte, registraron uno de los niveles más bajos de confianza. Esta desconfianza institucional se ve acompañada por una caída pronunciada en la confianza interpersonal. En 2020, apenas el 12 % de la población latinoamericana dijo confiar en otras personas, el valor más bajo desde 1996. El informe más reciente, Latinobarómetro (2023), reafirma este deterioro al señalar que las transiciones democráticas de la región han entrado en una fase de recesión, con democracias débiles y desconsolidadas que enfrentan una crisis estructural de representación, confianza y desempeño. Estos datos muestran que la crisis de confianza no es un fenómeno coyuntural, sino una condición estructural que afecta tanto a las instituciones políticas como al tejido social, debilitando los pilares de legitimidad necesarios para la consolidación democrática.

La confianza en las instituciones colombianas ha experimentado un deterioro sostenido en los últimos años, reflejando un malestar creciente hacia el Congreso, los partidos políticos y las agencias gubernamentales. Entre 2006 y 2022, la proporción de personas que expresó tener una baja confianza en estas entidades pasó del 24,1% al 55,7%, evidenciando una desafección significativa. Esta pérdida de credibilidad institucional no solo refleja el desencanto con la capacidad de estas estructuras para representar y servir al interés público, sino que podría abrir el camino al surgimiento de líderes carismáticos, o “caudillos”, que prometen transformaciones radicales en un clima de insatisfacción ciudadana. Tal como advierte el Latinobarómetro (2023, p. 6), América Latina atraviesa una “recesión democrática”, en la que las transiciones hacia la consolidación institucional han sido reemplazadas por crisis de representación, debilitamiento del Estado de derecho y desconfianza generalizada. En este escenario, el liderazgo populista, aunque emo-

cionalmente eficaz, tiende a ofrecer soluciones vagas o simbólicas que, en lugar de fortalecer el sistema democrático, podrían contribuir a agravar su fragilidad.

Si se observa la evolución de la confianza en diversas instituciones en Colombia en el siglo XXI, se mantiene una tendencia general a la baja. La opinión pública ha expresado niveles decrecientes de confianza hacia organismos como el Congreso, los partidos políticos, el poder judicial o el gobierno nacional, con ligeros repuntes en años específicos. Sin embargo, en coyunturas puntuales, algunos actores sociales han despertado niveles de confianza superiores al de las instituciones tradicionales. Por ejemplo, durante las protestas de 2021 preguntas puntuales mostraron que los jóvenes y participantes en movilizaciones sociales generaban mayor confianza entre la población que varias entidades del Estado. Este contraste sugiere que la ciudadanía puede transferir su confianza a figuras o colectivos que percibe como más cercanos o representativos, especialmente en momentos de crisis o descontento institucional.

El análisis del clima de opinión en Colombia entre 2006 y 2023, con bases en las encuestas aplicadas, muestra un deterioro sostenido en la percepción pública sobre el desempeño del gobierno, la calidad de vida, la seguridad y la pobreza. Estas dimensiones fueron medidas en una escala de 0 a 5 puntos, donde valores más bajos indican una evaluación negativa. La percepción sobre el desempeño del gobierno, por ejemplo, pasó de una media de 3,5 en 2006 a apenas 1,5 en 2016, con leves recuperaciones posteriores en 2018 y 2022. La percepción de la calidad de vida y la seguridad siguió trayectorias similares, con caídas constantes que evidencian un creciente malestar social y sensación de inseguridad. En cuanto a la pobreza, si bien hubo fluctuaciones leves, la percepción de su agravamiento se intensificó a partir de 2016, consolidando una evaluación crítica del contexto socioeconómico. Uno de los indicadores más llamativos ha sido el pesimismo en torno a la paz. En nuestras encuestas en comunicación y política, al consultar cuánto tiempo creen que tomará lograr la paz en Colombia (escala de 0 a 6, donde 6 equivale a “más de 20 años”), se ha registrado un aumento progresivo en las respuestas más pesimistas. Esta percepción, independientemente de los avances institucionales o las posiciones políticas, refleja el sentimiento generalizado de escepticismo ciudadano frente a los procesos de reconcilia-

ción. En conjunto, estos datos apuntan a un descontento estructural con las políticas públicas y con las condiciones sociales, lo que plantea desafíos importantes para la gobernabilidad y la cohesión democrática del país.

Los datos sobre confianza interpersonal, provenientes de nuestras encuestas y consistentes con los resultados del Latinobarómetro 2020, evidencian una tendencia decreciente a lo largo del tiempo. Por ejemplo, el Latinobarómetro registró que en 2020 solo el 12 % de los latinoamericanos expresó que “Se puede confiar en la mayoría de la gente”, el valor más bajo desde 1996 (Corporación Latinobarómetro, 2020, p. 18). En el caso colombiano, nuestra serie de datos muestra una caída similar: la afirmación “La mayoría de la gente es honrada” alcanzó su punto más alto en 2010 (2,9 en una escala de 0 a 5), y su nivel más bajo en 2023 (2,1). Esta reducción puede estar relacionada con factores como el debilitamiento de los vínculos comunitarios, la precarización económica o la desconfianza institucional. Además, el aumento en la dispersión de respuestas (desviación estándar en 2023 de 1,5) indica una creciente heterogeneidad en la percepción de los otros. La confianza interpersonal cumple un papel central como indicador del capital social y del entramado relacional que sostiene la cooperación democrática. Su debilitamiento puede traducirse en menor disposición al compromiso colectivo, debilitando las bases normativas de una ciudadanía activa y solidaria.

En el análisis de la participación y el capital social en Colombia entre 2006 y 2023, se observan diferencias significativas en el tipo de asociaciones a las que se vincula la ciudadanía. Las organizaciones religiosas destacan consistentemente como las de mayor afiliación, lo que evidencia un fuerte arraigo cultural y social hacia lo religioso como espacio de encuentro colectivo. En contraste, las organizaciones políticas, presentan niveles bajos de participación y membresía, lo que podría indicar tanto un desinterés por la política tradicional como una desconfianza hacia las instituciones representativas. Por otro lado, se identifica un crecimiento sostenido en la membresía activa en clubes sociales y deportivos, lo que sugiere un aumento en el interés por actividades recreativas o comunitarias y una orientación del compromiso ciudadano hacia formas de asociación más recreativas o basadas en vínculos sociales inmediatos. En cambio, las organizaciones ambientales y étnicas tienen porcentajes de membresía activa bajos en com-

paración con otros grupos. Estas tendencias ofrecen una visión valiosa sobre las prioridades sociales y el compromiso comunitario.

Estas tendencias no solo revelan las prioridades sociales actuales, sino que también permiten evaluar el estado del capital social en el país, entendido como el conjunto de redes de confianza, reciprocidad y cooperación que dan sustento a una cultura política participativa. En el marco teórico de Almond y Verba (1989), una cultura política con alto capital social se asocia con una ciudadanía activa, con orientación hacia lo colectivo y con disposición a participar en la toma de decisiones públicas. Su debilitamiento, como lo advierte también el Latinobarómetro (2021, p. 90), caracteriza a una democracia cada vez más delegativa, donde el bajo nivel de asociatividad, un capital social débil y un sistema de partidos fragmentado hacen de la protesta un sustituto frente a los fuertes personalismos, el populismo y las autocracias. En este contexto, la fragmentación en el capital social no solo limita los canales institucionales de participación, sino que erosiona los vínculos democráticos básicos necesarios para sostener un sistema político representativo y legítimo y tener una plena cultura política participativa.

La revisión de las formas de participación política entre 2006 y 2023 (ver Tabla 3) muestra un panorama mixto, pero en general alentador para la cultura democrática en Colombia. En primer lugar, el aumento sostenido en los niveles de votación, que alcanza un 72,1% en 2023

según nuestras encuestas en comunicación y política, sugiere un compromiso persistente con los mecanismos formales de representación, y aunque está por encima de los resultados electorales, no es inusual entre personas que contestan encuestas, y sigue los parámetros generales observados por la Registraduría Nacional del Estado Civil, que calculó la participación en las elecciones de 2006 en un 45% y las del 2022 en un 58%. Además, se destacan incrementos importantes en formas de participación no electoral, como la asistencia a manifestaciones políticas, reuniones públicas, protestas y acciones de voluntariado. Este comportamiento señala una expansión del repertorio participativo más allá del voto, lo cual puede interpretarse como una expresión activa de ciudadanía.

No obstante, también se observan periodos de contracción en algunas actividades, especialmente entre 2012 y 2014, justo cuando el país vivía un momento crucial de transición política: el inicio de las negociaciones de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC. Este periodo de incertidumbre pudo haber generado una combinación de expectativas altas y escepticismo social, lo cual se reflejó en una participación cívica más contenida. Sin embargo, tras el plebiscito de 2016, y a pesar del resultado adverso al acuerdo, se percibe una reactivación participativa, como lo evidencian los picos en manifestaciones, protestas, trabajo voluntario y reuniones comunitarias en años posteriores.

**Tabla 3 - Participación**

Participación	2006	2008	2010	2012	2014	2018	2022	2023
<b>Votar</b>	61,4	67,7	64	56,2	60,4	72,4	69,9	72,1
<b>Asistir a una manifestación política</b>	11,4	17,2	13,3	8,9	8,5	13,9	10,4	16,2
<b>Asistir a una reunión pública</b>	10,1	17,5	16	12,7			13,7	31
<b>Participar en un comité local</b>	6,3	6,9	8,5	6,4				18,5
<b>Firmar una petición</b>	5,9	23,9	13,3	16,9		17,4	16	11,1

Trabajar en una campaña política	4,1	7,9	6,9	6,8	5,1	9,1	6	10,6
Escribir una carta a un medio de comunicación	2,2	3,5	4,9	6			3,3	2,8
Llamar a un programa en vivo para comentar un tema de actualidad	3,5	11,1	10,3	11				
Convencer amigos votar	16				14,1	16,5	17	
Asistir a una reunión de una institución educativa	14,8	29,2	22,8	21,5		25,7		
Donar dinero a una campaña política	1,6	1,8	2,3	2,8		3,2	2,8	2,3
Donar dinero a una obra de caridad	20,8	41,1	31,3	27,2		25,2		
Donar dinero a un proyecto social	8,4	16,1	14,8	13,3		15,9		
Participar en una protesta social	3,3	10,2	6,3	6,4	7,8	9,1	11,3	
Hacer trabajo voluntario	8,1	22,4	20,4	19,8		23,3	14,6	22,6
Participar en un proyecto comunitario	6,9	16	13,7	13,9		16,5		
Boicot producto				14,7		17,1	10	17,1
Interponer una tutela								16,5
Interponer un derecho de petición								10,9
Participar en discusiones en redes sociales								14,2

Nota: la encuestas en las que se basa este trabajo miden distintas formas de participación, algunas de ellas en su evolución temporal y otras en un contexto temporal específico. Esto explica los valores en blanco en la tabla.

En conjunto, estas dinámicas muestran que, aun en contextos de desconfianza institucional o polarización, amplios sectores de la ciudadanía colombiana han encontrado en diversas formas de acción política una vía legítima para incidir en los asuntos públicos. Lejos de una apatía cívica generalizada, estos datos reflejan una ciudadanía que reconfigura sus canales de expresión, movilización y compromiso, con-

tribuyendo así al fortalecimiento, aunque con tensiones, de una cultura política participativa.

### Eje 3: Medios de comunicación e ideología

Las tendencias en el alineamiento ideológico percibido en Colombia entre 2006 y 2022, tanto en relación con los medios de comunicación, la opinión pública y el alineamiento auto-reporta-

do en Colombia de 2006 a 2022 revelan patrones significativos. La alineación ideológica auto-reportada en Colombia entre 2006 y 2022 muestra un comportamiento dinámico. La puntuación media aumentó de 5,5 en 2006 a 6,3 en 2010, pero posteriormente descendió a 5,1 en 2016, estabilizándose alrededor de ese valor hacia 2022. Este patrón sugiere un posible retorno hacia el centro político por parte de la ciudadanía, desmarcándose de tendencias más polarizadas. En paralelo, la ideología percibida de la opinión pública refleja un giro hacia la derecha menos pronunciado: ascendió de una media de 5,51 en 2006 a 6,52 en 2010, estabilizándose luego en torno a 6,03 en 2022. Este cambio moderado indica un realineamiento más matizado y gradual en el espectro ideológico colectivo.

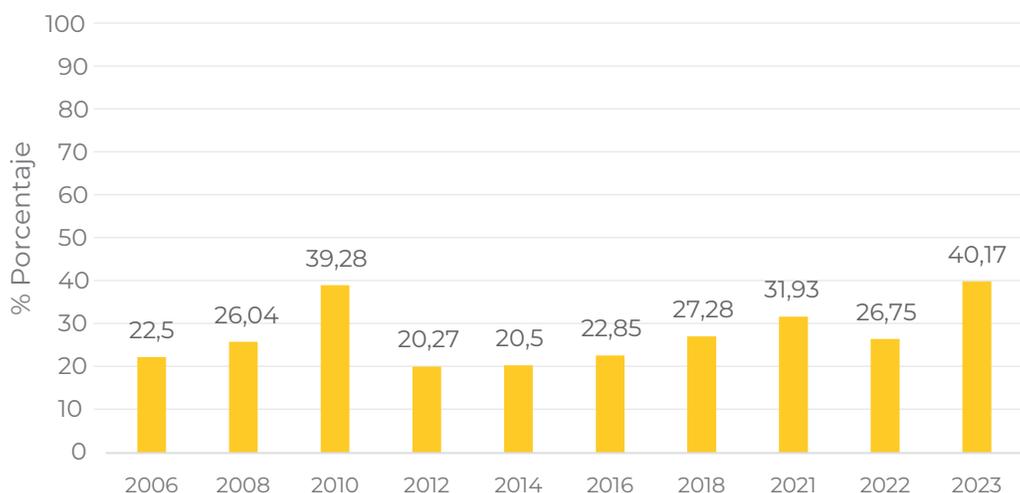
En contraste, la percepción sobre la orientación ideológica de los medios de comunicación muestra una trayectoria hacia la derecha: la puntuación media pasó de 5,6 en 2006 a un pico de 6,9 en 2022 (en una escala de 0 a 10, donde 0 es izquierda y 10 es derecha). Esta evolución indica que, para buena parte de la ciudadanía, los medios de comunicación son vistos como actores cada vez más alineados con posturas conservadoras. El giro percibido hacia la derecha se acentúa especialmente tras eventos de alta conflictividad política como el paro nacional de 2019–2021 y la pandemia de COVID-19, periodos en los que aumentó la visibilidad del debate público en medios y redes sociales. Si bien no se cuenta con evidencia directa sobre un incremento sistemático en la polarización mediática, la creciente sensibilidad política de las audiencias podría haber contribui-

do a una percepción más crítica del rol que desempeñan los medios en la cobertura de la coyuntura social.

La divergencia entre las trayectorias ideológicas de la ciudadanía y la percepción sobre los medios sugiere una disonancia creciente entre las narrativas institucionales y las inclinaciones políticas individuales. Mientras la ideología auto-reportada por la población tiende a estabilizarse en posiciones cercanas al centro político, la percepción sobre los medios refleja un desplazamiento sostenido hacia la derecha. Esta brecha puede estar influida por diversos factores, como la desconfianza en los medios tradicionales, la experiencia subjetiva de polarización en redes sociales, o la creciente atención a temas sensibles como la seguridad, el orden público o el manejo de la protesta social, que son comúnmente cubiertos desde marcos conservadores.

Si bien la mayoría de la población colombiana se ubica ideológicamente cerca del centro, es importante destacar que en los extremos si se ve polarización, es decir que ha habido un aumento sostenido en la proporción de personas que se sitúan en los extremos del espectro ideológico. Esta tendencia sugiere un proceso de polarización que, aunque no afecta a toda la ciudadanía, sí concentra intensidades ideológicas en grupos específicos. Según los datos (ver Gráfica 6), este crecimiento de los extremos, tanto en la izquierda como en la derecha, refleja una creciente segmentación del espacio político, en el que una parte de la ciudadanía adopta posturas más definidas y menos propensas al consenso.

**Gráfica 6 - Polarización ideológica**



Nota: se toma la escala de ubicación ideológica de las personas, siendo 0 de izquierda y 10 de derecha, y se presentan los valores extremos de 0 a 3 y de 7 a 10.

Este fenómeno puede estar vinculado a factores como el efecto de cámara de eco en redes sociales, el debilitamiento de intermediarios políticos tradicionales como los partidos, y la desconfianza en las instituciones, todo lo cual contribuye a una mayor rigidez ideológica. Si bien no se trata aún de una polarización generalizada, el ensanchamiento de los extremos representa un riesgo potencial para la deliberación democrática y la construcción de acuerdos colectivos. La transición de una cultura cívica tradicional, tal como fue conceptualizada por Almond y Verba, hacia una cultura política digital ha reconfigurado profundamente las dinámicas de información y participación ciudadana. En este nuevo entorno, caracterizado por la descentralización comunicativa y el protagonismo del individuo, el énfasis se desplaza de la pertenencia institucional y comunitaria hacia la expresión individual y la circulación de opiniones en espacios digitales. Desde los trinos virales en Twitter hasta los grupos de WhatsApp que convocan marchas, el debate político se ha mudado a lo digital. Sin embargo, esta ampliación de posibilidades comunicativas no ha ido necesariamente acompañada de una mayor cohesión política o confianza social. Por el contrario, se ha acentuado la desconfianza hacia las estructuras tradicionales de intermediación, como los partidos, los medios o las organizaciones cívicas.

En este contexto, las redes sociales desempeñan un papel ambivalente: por un lado, democratizan el acceso a la información y facilitan nuevas formas de participación; por otro, potencian la polarización y tienden a fragmentar las identidades colectivas, dando lugar a una política más personalizada, episódica y emocional. Esta reconfiguración plantea desafíos importantes para la construcción de una cultura política orientada al diálogo y a la acción colectiva, al tiempo que complejiza la relación entre ciudadanía, medios e instituciones en la era digital.

Desde la publicación clásica de Almond y Verba (1963), la conceptualización de la cultura cívica tradicional ha estado centrada en formas institucionalizadas y presenciales de participación política, con ciudadanos principalmente involucrados a través de partidos, votaciones y organizaciones comunitarias. Este marco, que delineaba una ciudadanía informada y racionalmente participativa en una esfera pública física, ha enfrentado un desafío paradigmático: la irrupción del entorno digital. En Colombia, a lo largo de casi dos décadas de evolución, la inter-

acción ciudadana con la política se ha expandido, desplazándose hacia espacios digitales y adoptando formas más individualizadas y descentralizadas. Este fenómeno ha configurado una naciente, pero ya consolidada, “cultura política digital”, que no solo complementa, sino que en muchos aspectos redefine, las prácticas cívicas tradicionales.

La trayectoria de esta transformación en Colombia es clara y se puede rastrear a través de los datos de consumo de internet. En 2006, el panorama digital era de un uso incipiente, con apenas un 35,2% de la población utilizando Internet. En aquel momento, la participación política en línea era prácticamente inexistente; solo el 0,6% visitaba frecuentemente sitios políticos, revelando un uso predominantemente personal y recreativo de la red. El debate público y la movilización cívica seguían anclados firmemente en el espacio físico. Para 2008 se marca un momento clave en la expansión del acceso digital urbano en Colombia. El desarrollo de la infraestructura de Internet y la aparición de nuevas plataformas de interacción, como redes sociales y blogs, favorecieron una diversificación en los usos, desde el entretenimiento hasta la participación política. Estas dinámicas empiezan a evidenciar un cambio cultural hacia la apropiación de lo digital en la vida cotidiana, donde el acceso a Internet había escalado a un 57%, aunque solo un 0,7% de los usuarios afirmaba movilizar a otros por causas políticas o sociales desde Internet, que empezaba a convertirse en un espacio de búsqueda y encuentro de información política (donde el 22% visitaba sitios web de partidos, el 14% leía blogs políticos) marcando el inicio de un cambio significativo en las dinámicas participativas.

El crecimiento no se detuvo. En 2010, la penetración de las redes sociales se hizo evidente: el 40,5% de los usuarios ya reportaba tener una cuenta en alguna red social como Facebook. Este fue un hito crucial, pues la plataforma se era en un centro neurálgico de interacción y de coordinación de movilizaciones y participación política, que, aunque tenía como uso principal socializar, sirvió también para procesos de participación política, como se vio en las marchas del 4 de febrero de 2008. Estos resultados reflejan la etapa de transición tecnológica que vivía el país en 2010: la expansión de la banda ancha fija y la introducción de redes 3G impulsaban el acceso doméstico, mientras los smartphones apenas iniciaban su difusión. Dos años después, en 2012, el acceso a Internet se elevó al 64,4%,

y la importancia de las redes sociales para informarse ya era notable: un 21,2% les asignaba máxima importancia como fuente informativa digital en ese segmento. La lectura de noticias en línea también crecía, mostrando una migración de la información a la pantalla, pero la conexión seguía siendo mayoritariamente doméstica: 77 % de los usuarios navegaba desde casa, mientras el acceso móvil continuaba limitado, donde solo 23 % se conectaba vía teléfono celular y apenas 8,5 % lo hacía con frecuencia. En ese año el uso político seguía siendo incipiente: 9 % compartía noticias para movilizar causas y 11 % recibía e-mails políticos con frecuencia, indicadores que sugieren una cultura política digital aún emergente.

Para 2014, el uso diario de Internet era la norma para el 64,2% de los usuarios. La masificación del celular fue clave: 88 % poseía uno, aunque solo 28 % disponía de plan de datos, lo que explicaba que el acceso móvil aún no desplazara al uso doméstico. Aunque la movilización directa para causas (4,1%) o participación en protestas en línea (2,0%) seguía siendo modesta, la cotidianidad del consumo de información política a través de las redes estaba sentando las bases para una mayor politización del espacio digital. Esta tendencia se acentuó en 2016: el 77% de los encuestados navegaba Internet los siete días de la semana. Un 34,2% buscaba información noticiosa en Internet frecuentemente, y un 47,4% lo hacía en redes sociales, aunque la credibilidad percibida aún era menor que en medios tradicionales. Twitter, empleada por la mitad de los encuestados, funcionaba como arena de conversación selectiva: el usuario medio seguía a 205 cuentas y tuiteaba dos veces por semana, con altos niveles de concentración entre usuarios intensivos. En términos de cultura política, la búsqueda de información noticiosa (34 % frecuente) y la expresión de opiniones digitales (13 %) superaron a las acciones de movilización, lo que indica que la esfera pública en línea avanzaba más en deliberación que en protesta u organización colectiva. La expresión de opiniones políticas (13,4% frecuentemente) y la movilización de contactos (8,1% frecuentemente) comenzaron a mostrar un ligero pero constante ascenso, indicando un despertar de la agencia política en línea.

El punto de inflexión decisivo ocurrió alrededor de 2018, un año electoral clave. La esfera digital se transformó en una arena activa de debate político: un 22,3% de los encuestados comenzó a expresar ideas sobre candidatos de manera

regular en plataformas digitales, y un 11% participó en protestas en línea. Este periodo también vio la emergencia de preocupaciones sobre el sesgo informativo y las “fake news”, reflejando una mayor conciencia crítica sobre la información en el entorno digital. El celular dominó la vida conectada: casi tres de cada cuatro usuarios lo emplearon con frecuencia para conversar (72 %) y cerca de la mitad revisó WhatsApp varias veces al día (49 %), por lo que la telefonía móvil con acceso a Internet se consolidó como un canal fundamental para compartir noticias tradicionales (63,7%) y generar conversación política.

La verdadera potencia de la cultura política digital se manifestó en el año 2021, un año particular, marcado por la continuidad de la pandemia de COVID-19, que consolidó la digitalización de muchos aspectos de la vida cotidiana, y por una ola significativa de protestas sociales (el Paro Nacional), que reconfiguraron el panorama político y social del país. Durante las protestas masivas de 2021. La inmediatez de la mensajería instantánea era palpable, con el 87,4% de los usuarios de WhatsApp/Telegram revisando la plataforma varias veces al día. En este contexto de efervescencia social, la esfera digital no solo sirvió como fuente de noticias políticas (55,2% de consumo frecuente en redes), sino como un catalizador directo de la acción expresiva: un 16,6% difundió información sobre las protestas en línea. Esto demuestra una capacidad de coordinación y movilización en línea que trasciende las expectativas de la cultura cívica tradicional.

Los resultados de 2022 sellan la consolidación de este nuevo paradigma. En 2022, el 89,0% de la población declaraba haber utilizado internet. Las redes sociales (media de 2,38 en escala de cero 5) y los portales web (media de 2.23 en escala de cero 5) superaron consistentemente a los medios tradicionales como fuente de información política. La expresión de opiniones en redes (media de 2,69 en escala de cero 5) y la movilización de contactos (media de 2,14 en escala de cero 5) siguieron mostrando su crecimiento como acción comunicativa y política. Un 63,1% reportó nunca haber compartido noticias falsas, sin embargo, entre quienes sí lo hicieron, Facebook (63.4%) y WhatsApp (28.9%) fueron las plataformas principales. Esto subraya la complejidad del ecosistema digital, donde la información y la desinformación coexisten.

La participación ciudadana en 2023, si bien

sigue anclada en prácticas tradicionales como salir a votar (86%), muestra una creciente dimensión digital. Un 38% participa activamente en discusiones o tendencias en redes sociales, y un 7% ha firmado peticiones en línea, indicando que, aunque no todas las formas de activismo digital son masivas, hay un segmento considerable que se involucra. Formas más directas de participación, como asistir a reuniones públicas (18%) o manifestarse (13%), muestran menores niveles de involucramiento. Además, la cautela en la expresión política online es palpable: un 15.8% “frecuentemente” se abstiene de compartir contenidos políticos por miedo a ofender, y un 14.3% “frecuentemente” ha reducido interacciones por desacuerdo con las opiniones de sus contactos, revelando una tendencia a la auto restricción en el debate digital. En suma, el 2023 destacó un ecosistema digital que, aunque vibrante y central para la información y la interacción, también refleja las complejidades de la desinformación y las dinámicas de la expresión política en línea.

La nueva cultura política digital en Colombia se perfila como un ecosistema donde la hegemonía informativa pasa por las redes y los portales web, accesibles en todo momento desde el móvil; allí, la ciudadanía ejerce una participación más individualizada, expresando y difundiendo ideas que articulan redes de movilización en línea, capaces de activar acciones colectivas, como se evidenció en las protestas de 2021, aunque sin traducirse necesariamente en presencia masiva en las calles. Este entorno convive con la sombra persistente de la desinformación, reflejada en que un 15 % de usuarios encuentra con frecuencia noticias inventadas, lo que alimenta una confianza ambivalente: se recurre a las fuentes digitales por su inmediatez, pero se reconoce su sesgo y vulnerabilidad. Al mismo tiempo, la interacción se ve limitada por la auto restricción deliberativa: en la encuesta de comunicación y política 2023 se observó que alrededor de uno de cada seis usuarios evita compartir contenidos políticos para no ofender o reduce sus contactos por desacuerdo, revelando que la misma infraestructura que potencia la voz ciudadana también puede inhibir la deliberación abierta ante la polarización.

La Colombia de 2023 ha trascendido la “cultura cívica” de Almond y Verba y ha encontrado en el mundo digital un equilibrio entre expresión y participación, que permite justamente un balance entre la cultura parroquial y la abiertamente participativa, algo clave para el equili-

bro democrático. Si bien el voto sigue siendo un acto fundamental, la orientación política, el interés, la participación y la coordinación de acciones se manifiestan predominantemente en una “cultura política digital”. Esta nueva realidad redefine la relación entre ciudadanía y política, ofreciendo nuevas avenidas para la participación y la deliberación, pero también planteando desafíos inéditos en la calidad de la información y la construcción de un debate público sano. El ágora ya no es solo la plaza, sino la pantalla, con todas sus complejidades y potencialidades.

Para finalizar este análisis se presenta a continuación a manera de balance, una suerte de cierres y aperturas democráticas que se identifican a partir del análisis de los datos y los hechos en relación con la cultura política. A la luz de los datos analizados, Colombia no vive hoy una desconsolidación democrática, sino un escenario mixto en el que coexisten cierres preocupantes y aperturas prometedoras. Si bien persiste una desconfianza estructural hacia las instituciones representativas, un bajo nivel de identificación partidaria y señales de fatiga cívica, no se observa un desplazamiento masivo hacia opciones autoritarias ni un rechazo frontal al régimen democrático. Por el contrario, amplios sectores de la ciudadanía mantienen su preferencia por la democracia, una creciente preocupación por la inclusión y el medio ambiente, y participan activamente en formas nuevas y tradicionales de acción política, tanto en el espacio físico como en el digital. Esta se entiende mejor al mirar tres grandes ejes de su cultura política en el contexto democrático nacional. El primero, centrado en los valores democráticos, revela una ciudadanía que valora el trabajo, la solidaridad y la inclusión, pero que aún transita hacia una cultura política más comprometida con los derechos colectivos y la deliberación. El segundo eje, el de la confianza y la participación, revela una paradoja, aunque desconfía de las instituciones, la sociedad colombiana participa y se moviliza en protestas, consultas locales o acciones en redes, configurando repertorios participativos más flexibles. El tercer eje, el ecosistema mediático, señala cómo el ecosistema digital se ha integrado al de los medios tradicionales y abre nuevas posibilidades de expresión y organización política, pero también ha amplificado la polarización y la desinformación. En conjunto, estos ejes dibujan una cultura política en transformación, con rasgos aún débiles de consolidación democrática, pero con reservas cívicas activas que pueden ser fundamen-

tales para su revitalización si se articulan con instituciones más inclusivas, transparentes y representativas. En conjunto, estos factores no hablan de una ruptura democrática, sino de un equilibrio inestable entre una cultura política con problemas en la confianza pero que ante cierres institucionales presenta aperturas ciudadanas que marcarán el rumbo de la democracia colombiana en los próximos años.

## Los cierres

La acción colectiva en Colombia enfrenta obstáculos significativos en un contexto marcado por el debilitamiento de la confianza en las instituciones tradicionales. Entre 2006 y 2022, el porcentaje de la población que no confía en el Congreso pasó del 24,2% al 55,6%, lo que refleja un desencanto profundo con las estructuras que deberían sustentar la democracia. Este aumento de la desconfianza institucional se agrava por percepciones generalizadas de corrupción y una desconexión entre las élites políticas y la ciudadanía. Aunque hasta ahora no se ha traducido en un respaldo masivo a gobiernos autoritarios o populistas, el terreno es fértil para que discursos de ese tipo ganen fuerza si no se restauran los vínculos entre ciudadanía e instituciones. El reto central, entonces, consiste en reconstruir una cultura política basada en la participación, la deliberación y la confianza democrática, valores esenciales para fortalecer la ciudadanía y evitar retrocesos democráticos en el futuro cercano.

Paralelamente, la población percibe a los medios tradicionales de comunicación girando ideológicamente hacia la derecha, con puntuaciones promedio que pasaron de 6 en 2006 a 6,7 en 2022, en una escala de 0 (izquierda) a 10 (derecha). En contraste, la opinión pública y la ideología auto-reportada presentan patrones más fluctuantes, con un ligero movimiento hacia el centro político en los últimos años, estabilizándose en una puntuación promedio de 5,1 en 2022. Estas divergencias entre los medios y las percepciones ciudadanas resaltan una disonancia creciente entre narrativas institucionales y los alineamientos políticos individuales. Este fenómeno puede contribuir a un incremento en un sentimiento de falta de representación, pues se reduce la posibilidad de intermediación de una agenda ciudadana a través de los medios hacia el sistema político. En este contexto, los medios pueden dejar de funcionar como puentes entre ciudadanía e instituciones

y, por el contrario, convertirse en amplificadores de la polarización si privilegian marcos narrativos extremos o excluyentes. Así, la desconfianza institucional, unida a la percepción de sesgos mediáticos, refuerza una cultura política fragmentada, con menor cohesión democrática y mayores riesgos para la deliberación plural.

Además, la distribución de noticias a través de redes sociales intensifica estas divisiones ideológicas. De 2014 a 2022, el porcentaje de colombianos que consumen noticias por redes sociales en línea aumentó del 39% al 69%. Este entorno digital puede fomentar la difusión de contenido extremo que refuerza los sesgos de los usuarios, amplificando estereotipos y profundizando la fragmentación ideológica de los más polarizados. Las plataformas digitales, lejos de actuar como catalizadores del debate pluralista, no parecen estar contribuyendo a una re-intermediación de la ciudadanía con el sistema político.

El debilitamiento de intermediarios tradicionales, como los partidos políticos y los medios de comunicación, junto con la percepción de abandono por parte del establecimiento político, han dificultado la posibilidad de construir consensos democráticos estables (Mounk, 2018). Esta situación se refleja en las formas que adopta la acción colectiva en Colombia, donde las movilizaciones sociales expresan tanto el malestar ciudadano como las contradicciones internas de su cultura política. Desde la marcha del 4 de febrero de 2008 hasta el paro nacional de 2019-2021, la ciudadanía ha demostrado un compromiso sostenido con la protesta como forma de participación política. Sin embargo, estas expresiones colectivas conviven con un profundo escepticismo hacia las instituciones democráticas tradicionales, en un contexto donde el apartidismo se ha vuelto mayoritario y la confianza en los canales representativos es baja. En este escenario las posibilidades de reorganización social por vías institucionales tradicionales, más allá del voto, se ven limitadas. La fragmentación del sistema de partidos, la debilidad de las organizaciones intermedias y la falta de espacios sostenidos de deliberación ciudadana dificultan la canalización del descontento hacia reformas estructurales. Así, aunque la protesta actúa como válvula de presión, no siempre encuentra una contraparte institucional capaz de traducir esas demandas en políticas públicas, lo cual representa un reto fundamental para la calidad democrática y la reconstrucción de la confianza en el sistema político.

Por último, las brechas estructurales en el acceso a recursos y oportunidades, genera fragmentación económica también contribuye a las dificultades de articulación de una cultura política participativa. En Colombia la desigualdad persiste como uno de los problemas más críticos. Esta situación alimenta una percepción generalizada de que las instituciones no garantizan la equidad ni logran resolver problemas estructurales como la pobreza y la exclusión social. Estas condiciones refuerzan la desconexión entre ciudadanía e institucionalidad, dificultando tanto la participación política sostenida como la consolidación de proyectos colectivos más amplios, dentro y fuera del marco institucional.

En conjunto, la disminución de la confianza en las instituciones, la percepción de unos medios tradicionales alejados de las prioridades ciudadanas y la falta de nuevos mecanismos eficaces de intermediación representan cierres críticos para la consolidación de la democracia colombiana. Estos factores no solo dificultan el diálogo político, sino que también limitan la capacidad del sistema para canalizar de manera efectiva las aspiraciones y preocupaciones de una ciudadanía cada vez más desconfiada.

## Las aperturas

Pese a estos desafíos, la democracia colombiana muestra signos de resiliencia, en tanto persiste el apoyo mayoritario al régimen democrático frente a opciones autoritarias, y transformación, reflejadas en nuevas formas de participación, valoración de la inclusión y reconfiguraciones ideológicas. Un ejemplo de ello es el desplazamiento de la ideología auto-reportada hacia posiciones más centristas. Este patrón sugiere que, a pesar de la percepción de desalineación entre medios y ciudadanía, buena parte de las y los colombianos mantienen preferencias políticas moderadas. Esta moderación ideológica, en combinación con el rechazo generalizado a tentaciones autoritarias, apunta a un potencial para la construcción de consensos en medio de un contexto fragmentado, reafirmando ciertas bases cívicas que sostienen el sistema democrático.

La participación política también evidencia aperturas significativas. Desde las movilizaciones del 4 de febrero de 2008 hasta las protestas del estallido social entre 2019 y 2021, la ciudadanía ha demostrado un compromiso sostenido con las causas sociales. Aunque el escepticismo

hacia el sistema político se ha incrementado, emergen nuevas prioridades vinculadas a la equidad, los derechos de las minorías y la justicia ambiental, temas que ganaron protagonismo en el proceso de Paz con las Farc y también en la agenda del actual gobierno de Gustavo Petro, como la justicia ambiental o el reconocimiento de minorías, mostrando un giro hacia valores posmaterialistas en ciertos sectores de la sociedad.

Un ejemplo de esta transformación se observa en la creciente valoración de la inclusión como principio para entender la democracia. En 2018, la encuesta en comunicación y política reflejó un promedio de 2,5 (en una escala de 0 a 5), al preguntar por el significado de la democracia como apertura hacia las minorías, ubicándose como el segundo concepto más mencionado después del vínculo entre democracia y estabilidad laboral. En 2022, este promedio se mantuvo estable en 2,4, lo que evidencia un cambio gradual hacia la inclusión como parte del ideario democrático. Aunque estos valores aún son moderados, su estabilidad sugiere una creciente aceptación de la diversidad como parte integral del contrato social en la cultura política nacional.

El entorno digital, a pesar de los riesgos que presenta, también ofrece aperturas significativas. Aunque las redes sociales han amplificado la polarización, también han facilitado nuevas formas de organización y debate. El incremento en el consumo de noticias en línea y redes sociales ha democratizado el acceso a la información y ha permitido que sectores tradicionalmente marginados encuentren plataformas para expresar sus voces. La movilización juvenil, en particular, ha utilizado estas plataformas para articular demandas y construir espacios de interacción cívica, mostrando un dinamismo que podría revitalizar el tejido social y la participación democrática.

La alineación ideológica de las personas también sugiere una tendencia hacia el centro político. En 2010 la media de ideología auto-reportada alcanzó 6,3, indicando una persistente inclinación hacia la centro-derecha, para 2022 esta cifra disminuyó a 6, lo que si bien refleja una moderación en las posturas políticas muestra una estabilidad de las posturas ideológicas. Sin embargo, este movimiento leve hacia el centro puede facilitar un terreno más propicio para el diálogo y la negociación, alejándose de los extremos polarizados, donde transigir se

convierte en una traición a “la causa”.

Finalmente, reformas al Estado que resultaron de la Constitución del 91 han permitido que las comunidades locales asuman un rol más activo en la toma de decisiones. Esto ha fortalecido iniciativas como las consultas populares sobre minería y protección ambiental, donde la ciudadanía ha demostrado una capacidad notable para influir en políticas públicas claves. La defensa del páramo de Santurbán o las consultas populares sobre minería son buenos ejemplos de cómo la ciudadanía empieza a movilizarse por causas más ambientales que partidistas. Estas dinámicas destacan la importancia de promover mecanismos que fortalezcan la gobernanza local como pilar de la democracia participativa.

En conjunto, estas aperturas ofrecen pistas prometedoras para revitalizar la democracia colombiana. Entre los hallazgos más relevantes destacan: la creciente movilización ciudadana más allá del voto, la moderación ideológica que aún predomina en la mayoría de la población, el reconocimiento gradual de la inclusión como valor democrático y el surgimiento de nuevos repertorios de acción colectiva, especialmente entre sectores juveniles en entornos digitales. Estas iniciativas, aunque diversas, comparten una orientación hacia la expresión de demandas sociales legítimas, el reclamo de derechos y la búsqueda de equidad, lo cual constituye una base sólida sobre la cual construir una institucionalidad más inclusiva, transparente, representativa y efectiva. Comprender que la diversidad ya hace parte de la cultura política implica reconocer avances normativos y simbólicos, pero estos deben articularse con prácticas institucionales más coherentes y sostenidas. En ellas, la creciente confianza y uso de redes sostenidas en comunicación, esto es, el uso continuado y estratégico de plataformas digitales para organizarse, informarse y participar políticamente, más allá de momentos coyunturales, constituye un signo de una cultura cívica emergente, que, si bien aún enfrenta tensiones, puede ser clave para ampliar la deliberación democrática, reforzar la participación y reconstruir vínculos entre ciudadanía e instituciones.

La democracia colombiana enfrenta cierres evidentes que limitan su consolidación, entre los que destacan la creciente desconfianza hacia las instituciones públicas, el abstencionismo electoral, la fragmentación del sistema de par-

tidos, y la amplificación de discursos de odio. Estas dinámicas no solo socavan la legitimidad institucional, sino que también restringen el espacio para un debate público plural y constructivo, agravado por la percepción generalizada de corrupción y polarización ideológica. No obstante, dentro de estas dificultades emergen también aperturas esperanzadoras que configuran oportunidades para revitalizar el sistema democrático. La creciente movilización juvenil, evidenciada en las recientes jornadas de protesta del Paro Nacional y las protestas contra el Gobierno, reflejan una generación dispuesta a participar e incidir en los procesos políticos por medio de mecanismos institucionales, pero también por fuera de las instituciones. Del mismo modo, el uso estratégico de plataformas digitales ha ampliado el acceso al debate público, generando nuevas posibilidades de organización ciudadana y fortalecimiento del tejido social. También se destacan transformaciones administrativas, que han permitido a las comunidades locales ejercer mayor influencia en decisiones clave, como las consultas populares relacionadas con el medio ambiente, en las que la ciudadanía ha defendido con vigor su derecho a decidir sobre los recursos que afectan su bienestar.

En conclusión, estas manifestaciones demuestran que, aunque la democracia colombiana enfrenta retos estructurales, existen espacios valiosos para su fortalecimiento, siempre que se logre articular la energía ciudadana con procesos institucionales inclusivos y efectivos. En particular, la evolución de la cultura política en el país muestra una doble dinámica: por un lado, el debilitamiento de las formas tradicionales de intermediación y la fragmentación del capital social; por el otro, la emergencia de nuevos repertorios participativos, una creciente valoración de la inclusión y una moderación ideológica que, aunque con tensiones, abre espacios para el consenso. Esta combinación sugiere que Colombia no transita de forma lineal hacia una desconsolidación democrática, sino que atraviesa un proceso mixto, con cierres significativos, pero también con aperturas relevantes. La clave para evitar un deterioro mayor está en fortalecer una cultura política orientada a la participación activa, la deliberación plural y la confianza mutua. Articular la energía ciudadana, cada vez más visible en lo digital y en lo local, con instituciones más representativas, transparentes y receptivas, será esencial para fortalecer la legitimidad democrática y garantizar su sostenibilidad en el siglo XXI.

## Referencias

- Almond, G. A. & Verba, S. (1989). *The civic culture: Political attitudes and democracy in five nations*. Estados Unidos: Sage Publications Inc.
- Cárdenas Ruiz, J. D. (2017). Jóvenes y cultura política: Una aproximación a la cultura política de los universitarios de Bogotá. *Reflexión Política*, 19(37).
- Corporación Latinobarómetro. (2021). *Informe Latinobarómetro 2021: Adiós a Macondo*. Santiago de Chile: Corporación Latinobarómetro. Recuperado de <https://www.latinobarometro.org/>
- Corporación Latinobarómetro. (2023). *Informe Latinobarómetro 2023: La recesión democrática de América Latina*. Santiago de Chile: Corporación Latinobarómetro. Recuperado de <https://www.latinobarometro.org/>
- Foa, R. F. & Mounk, Y. (2016). The Danger of Deconsolidation: The Democratic Disconnect. *Journal of Democracy*, 27 (3), pp 5-17.
- Foa, R. F. & Mounk, Y. (2017). The Signs of Deconsolidation. *Journal of Democracy*, 27 (1), pp. 5-17.
- Foster, C., & Frieden, J. (2017). Crisis of trust: Socio-economic determinants of Europeans' confidence in government. *European Union Politics*, 18(4), 511-535. <https://doi.org/10.1177/1465116517723499>
- Friedland, L. (2009). Periodismo, Sociedad Civil y Democracia. In H. Rojas, y I. B. Pérez, *Comunicación y Participación Política* (pp. 51-72). Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Giesen, B.; Eder, K. (2001). European citizenship: An avenue for the social integration of Europe, en K. Eder y B. Giesen (editores), *European Citizenship: National Legacies and Postnational Projects*, Oxford: Oxford University Press.
- Hansen, MA. (2017) 'Trust in the System? Factors that Impact Citizens' View of Courts in the. United Kingdom,' *Social Science Quarterly*, 98(5), 1503-1517.
- Inglehart, R. F. (2016). The Danger of Deconsolidation: How Much Should we worry?. *Journal of Democracy*, 27 (3), pp. 18-23.
- King B. A. (2017). Policy and precinct: Citizen evaluations and electoral confidence. *Social Science Quarterly*, 98(2), 672-689
- Koivula, A., Saarinen, A., & Räsänen, P. (2017). Political party preference and social trust in four Nordic countries. *Comparative European Politics*, 15, 1030 - 1051.
- Moreno, A. (2018). *El cambio electoral: Votantes, encuestas y democracia en México*. Fondo de Cultura Económica.
- Mounk, Y. (2018). *The people vs. democracy: Why our freedom is in danger and how to save it*. Cambridge: Harvard University press
- Mudde, C. (2004). The populist zeitgeist. *Government and opposition*, 39(4), 541-563.
- Mudde, C. (2007). *Populist radical right parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press

- Norris, P. (2017). Is western democracy backsliding? Diagnosing the risks. Cambridge: Harvard Kennedy School. Working Paper disponible en: [https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract\\_id=2933655](https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2933655)
- Plata C., Juan Camilo, J. Daniel Montalvo, Juan Carlos Rodríguez Raga y Miguel García Sánchez. (Eds.) 2021. Cultura política de la democracia en Colombia y en las Américas 2021: Tomándole el pulso a la democracia. Nashville, TN: LAPOP.
- Pontificia Universidad Javeriana, & Registraduría Nacional del Estado Civil. (2018). Informe Sobre La Informe Sobre La Calidad De La Ciudadanía En Colombia 2018. Pontificia Universidad Javeriana, Registraduría Nacional del Estado Civil, CEDAE.
- Putnam, R. D. (2000). *Bowling Alone: The Collapse And Revival of American Community*. New York: Simon y Schuster Paperbacks.
- Rojas, H. & Valenzuela, S. (2019) A Call to Contextualize Public Opinion-Based Research in Political Communication, *Political Communication*, 36:4, 652-659, DOI: 10.1080/10584609.2019.1670897
- Rojas, H., Gómez, R. & Rubén Sánchez (2015). Aproximación a un sistema de medición de pedagogía ciudadana para niños y niñas escolares de Bogotá. *Revista Educación y Ciudad*, n.º 16 (9 de diciembre de 2015): 75–90.
- Shah, D. V. (1998). Civic Engagement, Interpersonal Trust, and Television Use: An Individual Level Assessment of Social Capital. *Political Psychology*, 19, 469-496.
- Shah, D. V., Cho, J., Eveland, J. W., y Kwak, N. (2005). Information and Expression in a Digital Age: Modeling Internet Effects on Civic Participation. *Communication Research*, 32, 531-565.
- Shah, D. V., McLeod, D. M., Rojas, H., Cho, J., Wagner, M. W., y Friedland, L. A. (2017). Revising the Communication Mediation Model for a New Political Communication Ecology. *Human Communication Research*, 43, (4), 491-504.
- Sheets, P., Bos, L., & Boomgaarden, H. G. (2016). Media Cues and Citizen Support for Right-Wing Populist Parties. *International Journal of Public Opinion Research*, 28(3), 307-330.
- Verba, S. (2015) The 50th Anniversary of The Civic Culture, *German Politics*, 24:3, 234-248, DOI: 10.1080/09644008.2015.1021794



## Misión de Observación Electoral - MOE



**DESCARGA SERIE**

 [www.facebook.com/moecolombia](https://www.facebook.com/moecolombia)

 [www.instagram.com/moecolombia](https://www.instagram.com/moecolombia)

 [www.twitter.com/moecolombia](https://www.twitter.com/moecolombia)

 Observación al día - MOE Colombia

 [www.youtube.com/@comunicacionmoe](https://www.youtube.com/@comunicacionmoe)

 [www.tiktok.com/@moecolombia](https://www.tiktok.com/@moecolombia)

 WhatsApp Pilas con el Voto

315 266 1969

